

- Gimferrer, Pere. *Cine y literatura*. Barcelona: Planeta, 1985.
- Newberry, Wilma. *The Pirandellian Mode in Spain. From Cervantes to Sastre*. Albany, NY: State U of New York P, 1973.
- Hernández Ruiz, Javier. *Gonzalo Suárez: un combate ganado con la ficción*. Madrid: Festival de Cine de Alcalá de Henares, 1991.
- _____. "Una aventura cervantina de la ficción / metaficción: desafíos narrativos y juegos auto-+2conscientes en el cine". En Emilio de la Rosa, Luis M. González y Pedro Medina (coord.), *Cervantes en imágenes. Donde se cuenta cómo el cine y la televisión evocaron su vida y obra*. Madrid: Festival de Cine de Alcalá de Henares, Ayuntamiento de Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, Centro de Estudios Cervantinos, 1998.
- _____. "Juegos con las sombras. Escritores-cineastas: sus propias adaptaciones". En Heredero, Carlos (Ed.), *La imprenta dinámica*. Madrid: Cuadernos de la Academia 11, Academia de las Ciencias y de las Artes Cinematográficas de España, 2002 (en prensa).
- Jameson, Frederic. *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Oxford: New Left Review, 1984. Versión española: *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona: Paidós, 1995.
- Losilla, Carlos. "Las ilusiones perdidas. Adaptaciones literarias y modelo institucional en el cine español entre 1975 y 1989". En Heredero, Carlos (Ed.), *La imprenta dinámica*. Madrid: Cuadernos de la Academia 11, Academia de las Ciencias y de las Artes Cinematográficas de España, 2002 (en prensa).
- Monterde, José Enrique. *Veinte años de cine español*. Barcelona: Paidós, 1993.
- Palacio, Manuel. "Vidas paralelas: las series de televisión". En Heredero, Carlos (Ed.), *La imprenta dinámica*. Madrid: Cuadernos de la Academia 11, Academia de las Ciencias y de las Artes Cinematográficas de España, 2002. 519-537.
- Pérez Perucha, Julio y Vicente Ponce. "Algunas instrucciones para evitar naufragios metodológicos y rastrear la transición democrática en el cine español", en VV.AA., *El cine y la transición política española*. Valencia: Generalitat Valenciana, 1986.
- Suárez, Gonzalo. "Un epílogo para una zancada", *Fotogramas* (enero 1984): 136.
- Stam, Robert. *Reflexivity in Film and Literature. From Don Quijote to Jean-Luc Godard*. New York: Columbia UP, 1992.
- Trenzado, Manuel. *Cultura de masas y cambio político: el cine español de la transición*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (C.I.S.), 1999.
- Zunzunegui, Santos. *El extraño viaje. El celuloide atrapado por la cola, o la crítica norteamericana ante el cine español*. Colección Eutopías 223, 224, 225. Valencia: Ediciones Episteme, 1999.

La España del siglo XIX descrita por un viajero cubano

Gregorio C. Martín
Duquesne University

Era costumbre en los siglos XVIII y XIX—entre quienes podían—mandar a los hijos durante uno o dos años a un viaje por Europa para informarse conviviendo lejos de los ambientes locales de origen. Conseguían de esta manera una formación más universal, aprendían o perfeccionaban una o dos lenguas, se enteraban de los modos de vivir de las gentes de otros países y regresaban a casa con buenos contactos políticos y sociales, sumamente útiles en su futuro profesional. Uno de estos viajeros decimonónicos fue el cubano Antonio Ferrer, hijo de una familia acomodada de la isla, quien viajó a Europa en 1835 y se detuvo varios meses en España, donde hizo amistad con los escritores de entonces. De su experiencia escribió un libro, como era también costumbre, donde refiere sus observaciones desde que salió de Sevilla el 22 de julio de 1835 hasta que llegó a Valencia a mediados de enero de 1836.¹

El país se halla en guerra civil cuando Ferrer llega a España. Su paso por los pueblos que cruza la diligencia hasta llegar a la capital le permite observar los efectos del conflicto bélico en las ciudades, en las gentes que las habitan, en el folclore, en el teatro y en todas las manifestaciones sociales. Sin embargo, halla que, en contraste con la destrucción y miseria de un país que se destroza a sí mismo, sus habitantes conservan vitalidad, alegría y un deseo inagotable de disfrutar a pesar de todo.

Ferrer es todavía un viajero cosmopolita en la tradición investigadora del XVIII, pero sus criterios de observación difieren de la estrecha normativa del siglo racionalista. No sólo nos informa de la comodidad o incomodidad de los medios de transporte españoles, primera experiencia que tiene, sino que nos da la relación exacta de cómo estaban distribuidas interior y exteriormente las diligencias—“carruajes sólidos y decentes,” dice, “pero de mole pesada y trabajosa”—, el número de personas que llevaban y exactamente dónde (3-4), los diferentes precios de cada com-

partimiento y por qué (4, 13). Igualmente, refiere el número de empleados que eran necesarios para conducirlos, el puesto que ocupaba cada uno y por cuál razón (3). Ferrer menciona en su libro el importe del viaje de Sevilla a Madrid: 37 pesos en la berlina porque iban sólo tres personas, era la parte delantera y desde ella se veía siempre el camino; 30 pesos en la parte del centro, con seis personas; 20 pesos en la rotonda, parte posterior, también con seis personas, que era la más incómoda por el movimiento y porque recibía todo el polvo. Pero cuando llega a Madrid se da cuenta que en realidad el coste del viaje había sido mucho más y, consciente de que no sólo está observando sino también informando, anota cuidadosamente otros gastos que el viajero no puede prever porque no son por alojamiento o manutención, sino establecidos por la costumbre, aunque igualmente inevitables. Eran las propinas, que ya en el siglo XIX se consideraban como obligaciones de hecho en el turismo de entonces, y, lo que es más importante, sin distinción de clases o lugar que ocupara el viajero en la diligencia. Por esa ley de usanza, los zagales que cuidaban el ganado recibían de cada viajero medio real en cada parada que hacía la diligencia para cambiar de mulas (14); era la costumbre entregar dicha cantidad para que los muchachos pudieran “echar un trago,” que, por supuesto, no iba a ser de agua; a los postillones, quienes cambiaban cuando lo hacían las mulas, había que darles dos reales de propina, y el mayoral recibía un peso al llegar a Madrid (14). En total, y según Ferrer, los gastos por propinas sumaban de Sevilla a Madrid un poco menos de la mitad del precio del billete en rotonda.

Al contrario de lo que opinan otros viajeros de entonces, Ferrer dice que la comida en la ruta de Sevilla a Madrid era abundante y bien condimentada; el servicio para el aseo en las posadas, bueno, sin dilaciones, barato y fijo, proporcionando agua y paños, incluso con cubiertos de plata, que eran obligatorios. El almuerzo costaba dos pesetas; la comida, tres, y la cena dos pesetas y media. Las mejores posadas eran las de Carmona y Ocaña (13).

Ferrer menciona cada pueblo del recorrido con descripciones sumamente concisas, pero no por eso menos claras, bien dando el número de habitantes, el lugar donde está situado o la impresión que le produjo. Así, de Ecija, en Sevilla, dice “que no ofrece otra cosa que el recuerdo de los bandidos” (6); Carpio, en Córdoba, es villa de 2.275 vecinos, sobre un cerro (12). El laconismo de Ferrer deja claro el poco interés del lugar, tan falto de atractivo que sólo merece mencionarse por el número de habi-

tantes, los cuales parecen ser quienes podían distinguirse sobre el cerro, no el poblado. Valdepeñas, en la provincia de Ciudad Real, “pueblo bastante celebrado por su vino blanco, tan bueno y común en toda España” (8). En cambio, Puerto Lápiche es “aldehuela de mal aspecto” (12); Laguardia, “aldehuela notada de carlista” (12). Por el contrario, Aranjuez, “el sitio más bonito” (9) y Ocaña, “ciudad alegre” (13). En la ruta de Madrid a Valencia, por donde salió de España, Torre de Espioca, en la provincia de Valencia, dice que era “aldea sin valor” y Montartal, en la misma provincia, “lugar insignificante” (122). De las ciudades grandes, Córdoba le pareció “ciudad sin hermosura ni limpieza” (6) y Albacete, “bastante fea” (118).

Hombre culto y bien informado, cuando describe el paso por Sierra Morena, no olvida mencionar la obra de colonización allí realizada por Olavide y Floridablanca y suministra datos útiles sobre el desarrollo demográfico. Así, Venta de Cárdenas, en la provincia de Jaén, era “población naciente” (12); La Carolina, misma provincia, era “la capital de las nuevas poblaciones de Sierra Morena” (8). También describe las regiones: Andalucía, “la alegre y pintoresca”; la Mancha, “la árida y soturna”; Castilla, “la despoblada” (17); Madrid, “refugio y esperanza de los necesitados e ignorantes, tanto o más que de los ricos y sabios, pues todos ven un halago a sus deseos” (48); el río Manzanares, “más ridículo de lo que se pondera” (17).

De las personas que ocupaban las diligencias en que viajó, da con frecuencia los nombres, la profesión y el destino, con lo que sabemos quiénes eran los viajeros que se movían por la España de aquellos años. Hace de ellos unas descripciones tan lacónicas y vivas como de los pueblos. El general Aldama, que iba a su destino de capitán general de Gerona, dice que era “hombre de aspecto adusto, de carácter seco e impávido, pero de trato franco y amable”;² un portugués, “de cien apellidos, como todos sus paisanos”; un francés, “*commis-voyageur*”; y un catalán, “sencillo, orgulloso de sus paños y de los vinhos de sus montañas” (113). Su laconismo nos recuerda a veces la mordacidad de Larra, como cuando dice de dos hermanos que viajaban a Valencia que, al principio, los tuvo “por un matrimonio, según la indiferencia con que se trataban” (113). Precisamente Larra escribió que las diligencias eran como casas desprendidas “de las demás con todos sus trastos e inquilinos a buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo” (En su artículo “La diligencia”). Ferrer nos dice cómo vivían los que se alojaban en ellas por la

necesidad de moverse y cómo se relacionaban. Puesto que el viaje comenzaba a las cinco de la mañana, lo primero era dormir. Después, con la salida del sol, desperezarse, observar a los compañeros y, por razones de etiqueta, hacer un saludo cortés. Pero, como era inevitable convivir en tan limitado espacio, se hacía necesario establecer alguna confianza, para lo cual unos ofrecían noticias espontáneas de sí mismos para adquirir el derecho de preguntar a los demás; otros se entretenían con un pedazo de cabrito, salchichón o empinando la bota de buen Valdepeñas; algunos, con su tabaco, y, como no había la elección de hoy, podían fumar en cualquier parte y humeaban a todos los demás. Los viajeros charlaban de todo lo que ocurría y, de trecho en trecho, caminaban para estirar las piernas y aligerar el peso a las mulas (115). De este modo, antes del almuerzo ya se conocía todo el mundo.

También hallamos en el libro de Ferrer datos interesantes sobre las diversiones que podían tener los viajeros en las paradas que hacían las diligencias, adonde llegaban, como es de suponer, llenos de polvo y maltrechos. Lo impropio de la hora y el cansancio no eran impedimento para que los ciegos les amenizaran pasada la media noche, con el fin de obtener algunos reales. Entonaban canciones patrióticas, que estaban de moda en aquellos años por las circunstancias políticas. Ferrer dice que en Valdepeñas los ciegos tenían en su repertorio una multitud de canciones y el himno de Riego, el general liberal ejecutado en Madrid después de que Fernando VII recuperara su poder absoluto con la ayuda de los franceses. Una de estas canciones, "La Mariquita," divirtió a todos y les hizo reír bastante después de la cena (8). Las mismas canciones les cantaron otros ciegos en Quintanar de la Orden en enero del siguiente año. Pero también, y más que nada, se veían por todas partes los efectos del odio de las pasadas guerras: antigüedades enteramente destruidas, Bailén, donde Napoleón sufrió la primera derrota, decaído y arruinado, puentes angostos y ruinosos, si los había, el camino de Sevilla a Córdoba poblado de jornaleros andrajosos, sin trabajo, envueltos en burdas capas desgarradas aunque era verano, bandas de muchachos casi desnudos que asediaban a los viajeros en cada lugar donde pasaban y seguían a las diligencias por más de dos leguas pidiendo limosna, pero que estaban ya contaminados del fanatismo político, insuficientes medios de transporte a las provincias, etc. Un país, en fin, falto de tantas cosas que lleva al visitante a escribir: "Por desgracia, no es solamente de comunicaciones por buques de vapor de lo que carece España" (112).

"Grande fue la impresión que me causó Madrid," dice Ferrer de su llegada a la capital (27): muchas gentes de todas clases, las calles principales, tan hermosas; las otras, tan estrechísimas y sucias, y las casas de tantos pisos. Pero nada le impresionó tanto como la vida del ocio en el Paseo del Prado y en los cafés. La descripción que nos da del Prado, tan concisa, es perfecta, según las opiniones que tenemos de los costumbristas de la época. El Paseo del Prado es, "teatro del lucimiento" (32). Es allí donde el viajero descubre el alma de los madrileños, ávidos de pasarlo bien a pesar de un ambiente político que sólo presagia el mal. Teatro era el Prado, en verdad, según las numerosas escenas que en él pasaban. Los madrileños acudían allí por la mañana en invierno y por la tarde en verano para hacer la representación de sí mismos y ver representar en los otros sus modos de vivir, sus costumbres, sus esperanzas, su vanidad y sus pasiones. Un teatro donde espectadores y actores eran los mismos. "Allí se pasan muy buenos ratos," dice el autor: las señoras, porque ostentan sus caprichos y extravagancias; los amigos, porque conversan en tertulias, ven y saludan a las damas, adquieren noticias para conversar o, a falta de otra cosa, dan vueltas. Era un gran escenario donde podían presenciarse a la vez infinidad de escenas francas, joviales, serias, de cumplimiento, de respeto, de conquista y de humillación, como describe Ferrer. De estas escenas, el observador de costumbres captaba momentos de la vida, cuadros diversos, donde lo importante no eran los colores del atuendo, sino la riqueza y variedad del espíritu, las consecuencias de la convivencia.

Como hoy, nada contenía a los españoles de entonces en su deseo de pasarlo bien. Bajado el telón del Prado, la escena se mudaba a los cafés, donde la concurrencia era tal que no se encontraban mesas libres aunque el país estaba en ruinas y en guerra civil. Los gritos, las disputas, los murmullos de las conversaciones, el arpa del piemontés rasgueando canciones patrióticas, y, principalmente, la entrada y salida de mujeres causaron tanta impresión en Ferrer que, si antes pensaba que en el Prado se pasaban buenos ratos, en los cafés dice que se pasaban "horas sin sentirlo" (33). Como a Larra, no escapó al ojo observador de este isleño la riqueza de cuadros costumbristas que ofrecían los cafés, con sus parroquianos congregados alrededor de las distintas mesas mientras degustaban alguna bebida durante dos o más horas. "Sería no concluir relatar los infinitos cuadros que se ofrecen," afirma después de describir algunos (36). Estos segundos teatros, donde el pueblo era intérprete de escenas y

cuadros, terminaban a las nueve de la noche, cuando la gente se iba a las visitas, a las tertulias o a los otros teatros donde el pueblo era sólo espectador. Y del teatro madrileño de aquellos años Ferrer hace con descripciones cortas y lenguaje incisivo una rápida pintura de los edificios—molestos y ramplones—, de los actores—Matilde Díaz, Concepción Rodríguez, Latorre y Romea, que eran buenos, y el gracioso Guzmán que era pesado—, de las obras—*La pata de cabra*, la más sin gracia y sin moral de todas las obras de magia, y *El arte de conspirar*, muy celebrada (39-40). En general, un teatro de traducciones francesas. De la ópera, tan de moda entonces, el autor dice que sólo la joven señora Manzocchi ofrecía muchas esperanzas y era lo único regular que había; pero el tenor Ronci, “hombre de barriga y mofletes, desagrada, fastidia” y “su voz es insufrible.” *Montecchi e Copuletti*, *Norma*, *El barbero de Sevilla* y otras óperas que vio, fueron “interpretadas a cual peor” por orquesta y cantantes (p. 39).

Otros lugares de ocio que llamaron la atención de Ferrer fueron los jardines públicos. Enumera todas las actividades que ofrecían para entreteener a los visitantes desde las cinco de la tarde hasta las once de la noche. “Se pasa,” dice, “un rato divertido.” Como hace en todo lo que juzga, se fija siempre en el detalle, que da a sus observaciones un interés fuera de lo común y que tiene casi siempre un fondo social. En los jardines públicos, que costaban una peseta, había una total convivencia, sin distinción de clases, y podía verse, según Ferrer, a la señorita de sombrero, a la criada de grande, a la hija del menestral, al hortera y al dependiente (41).

No hay espacio aquí para fijarnos en lo que dice de la Calle de la Montera (“una de las cosas que más proporcionan pasatiempo y diversión”), que describe con todo detalle y le encantó tanto que la considera mejor que la rue Vivienne de París (41), pero sí merecen citarse dos lugares más de ocio que visitó. Uno, la Galería Tipográfica, que le “gustó mucho,” y, otro, los bailes de máscaras, donde se divirtió bastante y, según nos cuenta, son un buen ejemplo de cómo los pueblos no cambian tanto, al menos en algunas costumbres. Estos bailes, que se celebraban a partir de diciembre en los teatros de la Cruz y del Príncipe (20 reales por entrada) y en el de Oriente, (adornado a todo lujo y a 30 reales), duraban hasta las ocho de la mañana, cuando el gobernador Olózaga hacía salir a los músicos. A tales horas, el público que no tenía ocupación se iba a dormir; el que la tenía, a su trabajo (91).

Es interesante lo que opina Ferrer de la vida de las mujeres españolas,

de cuya libertad para acudir a las diversiones públicas parece sorprenderse. Dice así:

Las jóvenes solteras gozan de toda libertad. Reciben los amigos y visitas a solas, con desembarazo y sin necesitar a la mamá o al papá para cumplimentar y hacer los ofrecimientos de costumbre; toman parte en las conversaciones con discreción y despejo, dan bromas a los amigos, sin reserva ni hipocresía y, por último, cada vez que les acomoda, salen a la calle a compras o de paseo, sin necesidad de otra cosa que acompañarse con una hermana o amiga, o con la criada. Por esta razón se ven siempre en el Prado, en las tiendas, en los teatros, y no hay función que no presencie la población femenina de Madrid (90).

Cuando se refiere concretamente a las mujeres del Madrid castizo, dedica un buen párrafo a pintar las manolas, “muy aficionadas a los hombres y temibles por sus venganzas.” En las revueltas, dice Ferrer, estas mujeres “causan más daño que los hombres más ilusos y los partidarios más obcecados” (59). Según dice, de temer eran igualmente las fruteras y verduleras, que se insultaban unas a otras, según el autor, con las desvergüenzas más inmundas que decían también a quienes no les compraban a la primera vez, con la advertencia de que “para preguntar y saber se va a Salamanca” (59-60).

En la capital de España halla Ferrer lo que llama “contraste de provinciales más curiosos,” y dice que no puede resistir el gusto de hacer el retrato de algunos. Y lo hace comparando parejas. Comienza con el valenciano y el gallego. Al primero lo define como la imagen de la primavera, y al segundo como el polo opuesto o imagen del invierno. Describe el modo de vestir de cada uno, sus medios de vida, sus juegos, su comportamiento social, etc., para concluir que son el retrato exterior de sus almas. El valenciano es vivaracho y alegre; el gallego, taciturno y regañón (48-50). Otra pareja es la del andaluz y el castellano, cuyo modo de vestir y obrar es también espejo de su carácter. El andaluz, zalamero y charlador, requiebra hasta a su abuela, mientras que el castellano, seco y serio, “enamora como de por fuerza,” incluso “el cariño que dispensa a su hijo va acompañado del ceño y de la sequedad” (51-54). Las pasiegas le causaron rara impresión por ser robustas, de buena salud, pacíficas y cari-

ñas. Igualmente los maragatos, quienes llevaban la misma ropa en invierno que en verano aunque andaban siempre por los caminos (57). Ferrer se ocupa también de los artificios de que se valían estos seres para integrarse en la vida de Madrid, un buen ejemplo de la ignorancia, candidez y picaresca de entonces.

Ferrer se ocupa en su libro de muchos otros personajes, de un sin fin de profesiones, de sucesos y de asuntos más diversos, siempre con el laconismo, penetración y exactitud que hemos mostrado, como cuando pinta a los traperos con sólo dos palabras: "fantasmas nocturnos," que reflejan muy bien el modo de vivir de unas vidas que malvivían por seguir viviendo (62). A Ferrer no le interesa lo homogéneo, lo que ya está codificado como valioso y único, sino lo fragmentario y discordante que ayuda, precisamente por salirse de la norma, a entender las diferencias de identidades y las posturas ante la vida en una sociedad en crisis, como era la de la España de 1836. Pocos viajeros supieron captar tan bien como este autor lo bueno y lo malo de esa España de entonces, más digna de lástima que de envidia. Nada escapó a la observación de este isleño, quien no se deja deslumbrar nunca por lo pintoresco, que es hombre de detalle, meticuloso a veces y siempre práctico. Ferrer logró hacer de una observación y experiencia personal todo un análisis de las identidades tan diversas que componían España y de la psicología de un pueblo, lleno de vitalidad y gracia en un momento cuando sus instituciones políticas y económicas se hallaban en bancarrota. Su informe sobre la libertad de la mujer y de las diversiones públicas nos muestra una sociedad que disfrutaba en aquellos años del siglo XIX de más libertades que en la mayor parte del pasado siglo XX. No dejarse llevar de la fantasía romántica, común en tantos otros visitantes de la época, le permite concentrarse sólo en la parte exacta, sin digresiones ni acicalamientos que puedan deformar la realidad. Es difícil hallar en este libro relatos que persigan un fin embelesador, con el único objeto de agigantar la idea misteriosa que ya se tenía de España. Aquí todo está presentado en su justa medida. El autor puede admirar la belleza de Aranjuez o criticar la fealdad de Albacete, pero sin menospreciar otros detalles de interés vario fuera de lo pintoresco. No sólo describe, sino que aporta hechos concretos que pueden parecer superfluos para el crítico literario, como los datos sobre propinas y precios, pero que están allí por deseo personal del autor de escribir algo útil para futuros visitantes, con lo cual el suyo es un libro de viajes y también un libro para el viajero. La opinión que le merecieron el teatro

español y sus actores coincide con la que nos han dejado los críticos de la época, principalmente Larra, cuya obra *El arte de conspirar* es el único drama que menciona—tal vez por amistad con su autor—aunque de forma muy concisa. Igualmente, como mostramos al principio de este trabajo, la obra del cubano es un fiel recuento de todas las peripecias e incomodidades que sufría el viajero de 1835 para recorrer en cuatro días y medio las 85 leguas que separaban a Sevilla de Madrid, lo que hace el viajero del siglo XXI en dos horas y media, cómodamente sentado y opíparamente servido en unos medios de transporte que, en los 165 años transcurridos desde que viajó Ferrer, la tecnología ha hecho posible se deslicen a 250 kilómetros por hora, sin polvo y sin cambiar de mulas. La riqueza de datos, la sutileza y estilo de las descripciones, la agudeza y sinceridad del autor hacen de la obra de Ferrer un buen ejemplo de la valiosa información que contiene la llamada literatura de viajes para el estudio del desarrollo político, económico, social y cultural de los pueblos. Gracias a este género disponemos hoy de referencias textuales sobre el modo de vivir de las clases menos favorecidas y de los seres que las componían, los cuales, por su pintoresquismo y sin duda alguna por su ingenio para sobrevivir, llegaron a crear un molde propio que les convirtió en tipos de una época y en personajes literarios.

NOTAS

¹ El trabajo fue impreso a mediados del pasado siglo con un prólogo y notas de J. M. Pita Andrade: Antonio C. Ferrer. *Paseo por Madrid 1835* (Madrid: Colección Almenara, 1952). Todas las citas son por esta edición, con el número de página en el texto y entre paréntesis.

² Juan Antonio Aldama e Irabien, Conde de Belascoain, natural de Villarcayo (Burgos), estuvo en América, donde obtuvo el grado de brigadier. Regresó a España y, después de sufrir los infortunios de un liberal de entonces, fue nombrado capitán general de Gerona el 6 de diciembre de 1835. Véase el *Diccionario Biográfico del Trienio Liberal (DBTL)*. Dirigido y redactado por Alberto Gil Novales (Madrid: Ediciones El Museo Universal, 1991), 21. Según Ferrer, Aldama salió para su destino en la diligencia que dejó Madrid el 19 de enero de 1836 a las cinco de la mañana.